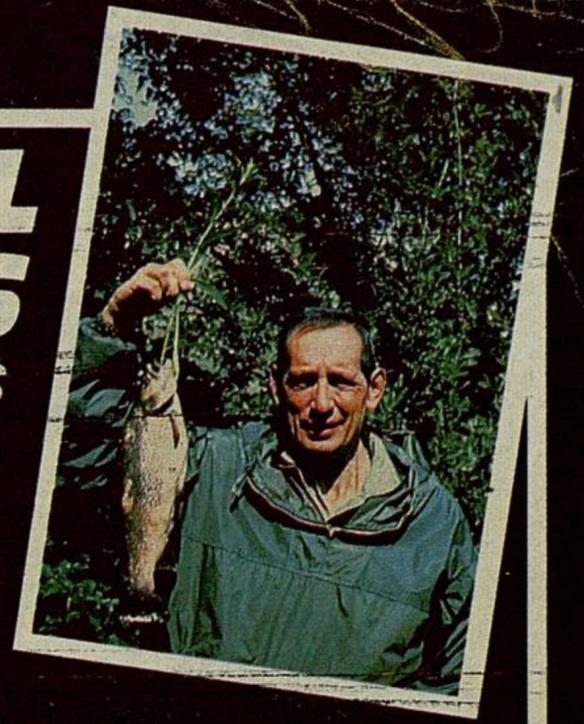


as
color

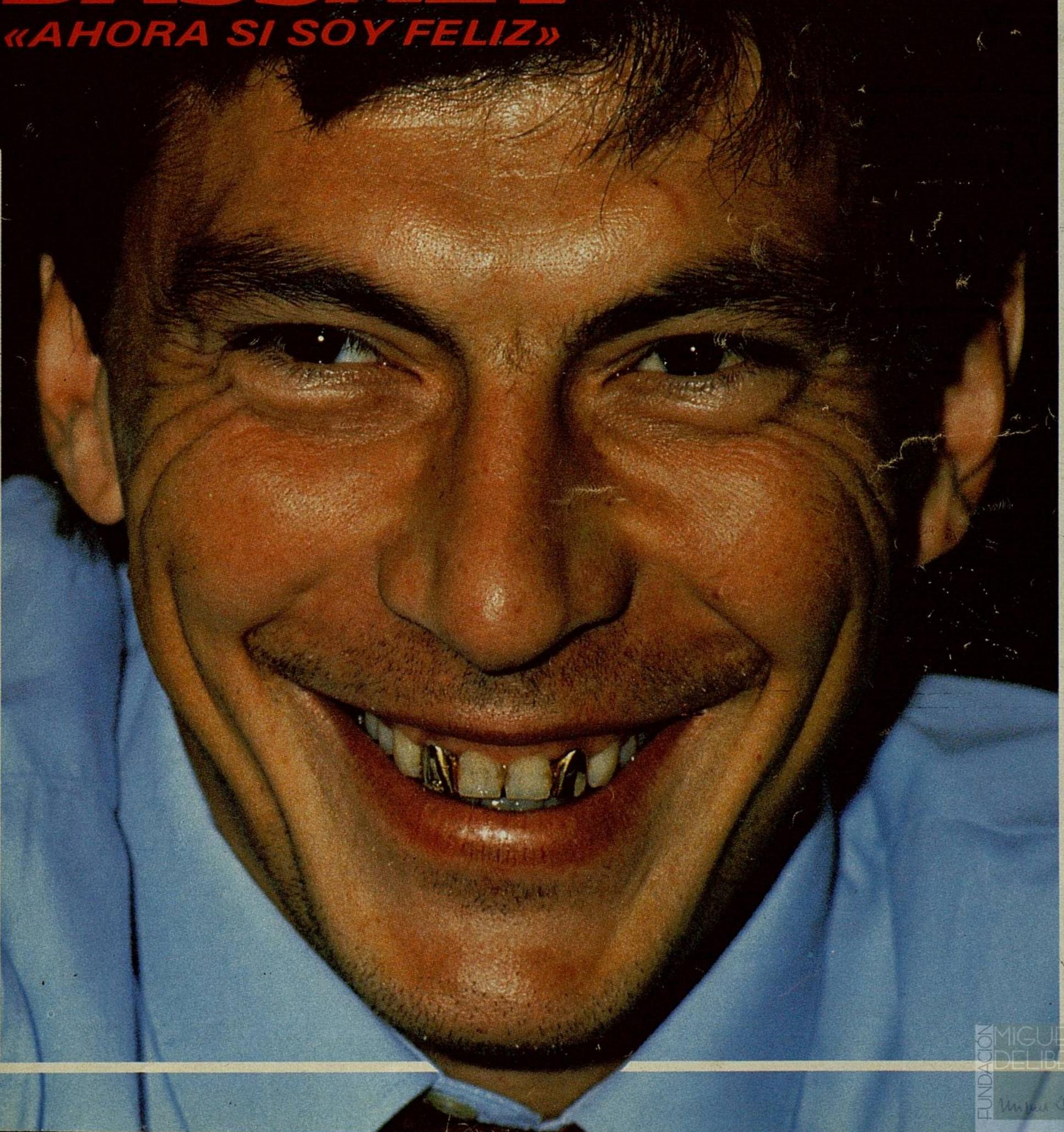
N.º 197 • 19 DE NOVIEMBRE DE 1989

**MIGUEL
DELIBES**
Y SUS MEMORIAS
DEPORTIVAS



DASSAEV

«AHORA SI SOY FELIZ»



ACABA
DE PUBLICAR
SUS «MEMORIAS
DEPORTIVAS»

MIGUEL DELIBES MEDIA VIDA AL AIRE LIBRE



EL amplio currículum deportivo de Miguel Delibes arranca de la «educación francesa» ejercitada en él por su padre desde la infancia, que le llevó a saber nadar a los seis años, a montar en bicicleta y apear-se sin ayuda de nadie y a heredar la gran pasión por las excursiones cinegéticas. Al gran novelista castellano no le ha erosionado el paso del tiempo su espíritu deportivo, sino que las circunstancias y los años le han llevado a modificar hábitos y conductas y de la grada del campo de fútbol ha pasado al sillón frente al televisor, las largas excursiones en bicicleta han quedado reducidas a paseos de quince o veinte kilómetros en verano y las sesiones de tenis o natación también se han visto sensiblemente recortadas. En cualquier caso, su exaltación del deporte como una forma de placer se mantiene inalterable y es ésta la filosofía que embarga su último y reciente libro, «Mi vida al aire libre».

Cuando Miguel Delibes ha decidido contar su vida en clave deportiva la fuerza de la naturaleza ha irrumpido radiante en su prosa para traer el recuerdo de sus partidos de fútbol o de tenis, de sus paseos a pie o en bicicleta, de sus prácti-

«Y si de algo me arrepiento hoy es de no haberla pasado entera»

«Yo relaciono el deporte con el aire libre»

cas venatorias..., de su «vida al aire libre». Son estas «memorias deportivas de un hombre sedentario» — como subtitula su libro — las que nos permiten ahondar en las pasiones deportivas del ilustre académico y confirmar su amor a la naturaleza. Con motivo de la aparición del libro hemos mantenido esta larga y jugosa charla con el escritor en su casa de Valladolid.

— Se define usted como «un cazador que escribe». Tras su reciente libro podría ampliar esta definición, calificándose como un «practicante del deporte que, además, escribe». ¿Ha pasado usted más horas de su vida «al aire libre» o ante una mesa escribiendo novelas?

— Sin duda he pasado más horas al aire libre que ante una mesa de despacho. Casi le diría que he pasado media vida al aire libre, y si de algo me arrepiento hoy es de no haberla pasado entera. Pero las circunstancias mandan.

— ¿Usted cree que los intelectuales tienen pocos hábitos deportivos?

— Pocos, muy pocos. La intelectualidad y el deporte son dos mundos que se desconocen mutuamente. Hay excepciones, claro. Arreglados estaríamos si no.





EL FÚTBOL POR TELEVISIÓN

El fútbol fue su primera afición deportiva asumida como pasión, «como auténtica pasión desordenada», pero la bicicleta le entusiasmaba, sobre todo en las cuestas, hasta que a los dieciocho años dejó de ser un deporte y se convirtió en un medio de locomoción para el escritor. Ha practicado el tenis, aunque con amplios paréntesis, y llegó a ser subcampeón de tenis de mesa en una competición organizada en el transatlántico «Constitution», en 1964, camino de Nue-

«El profesionalismo exacerbado, la imposibilidad de que un equipo modesto alcance un título y el antiestético fútbol a la contra van alejando a la gente de los estadios»

va York. El paseo diario sigue teniendo prioridad, sin que desaproveche oportunidad alguna para la caza y la pesca.

—Caza, ciclismo, fútbol, tenis..., ¿con cuál de estos deportes se queda como espectador?

—Tenis y ciclismo por televisión.

—¿Y para practicar?

—La caza. La caza permite graduar el esfuerzo y la dedicación. La caza no exige horario. Esto a mi edad tiene mucha importancia.

—¿Cree usted que son muchos los cazadores que empuñan una escopeta con espíritu deportivo?

—Desgraciadamente todavía son los menos. Llenar el morral suele ser el primer objetivo del cazador. El paseo, la naturaleza, ver trastear al perro, la soledad, el silencio del campo, importan menos.

En su autobiografía *Delibes* confiesa que en el fútbol fue hinchas antes que aficionado. «Anteponía al espectáculo el triunfo de mi equipo, el Real Valladolid Deportivo». Acudir al histórico campo de la plaza de toros o al desaparecido Zorrilla le suponía no poco sacrificio en sus propinas, pero en su adolescencia no fallaba.

—Dejó de asistir al fútbol cuando jugadores y árbitros quedaron separados de los espectadores por vallas. ¿Cuántas veces ha vuelto desde entonces a un campo de fútbol?

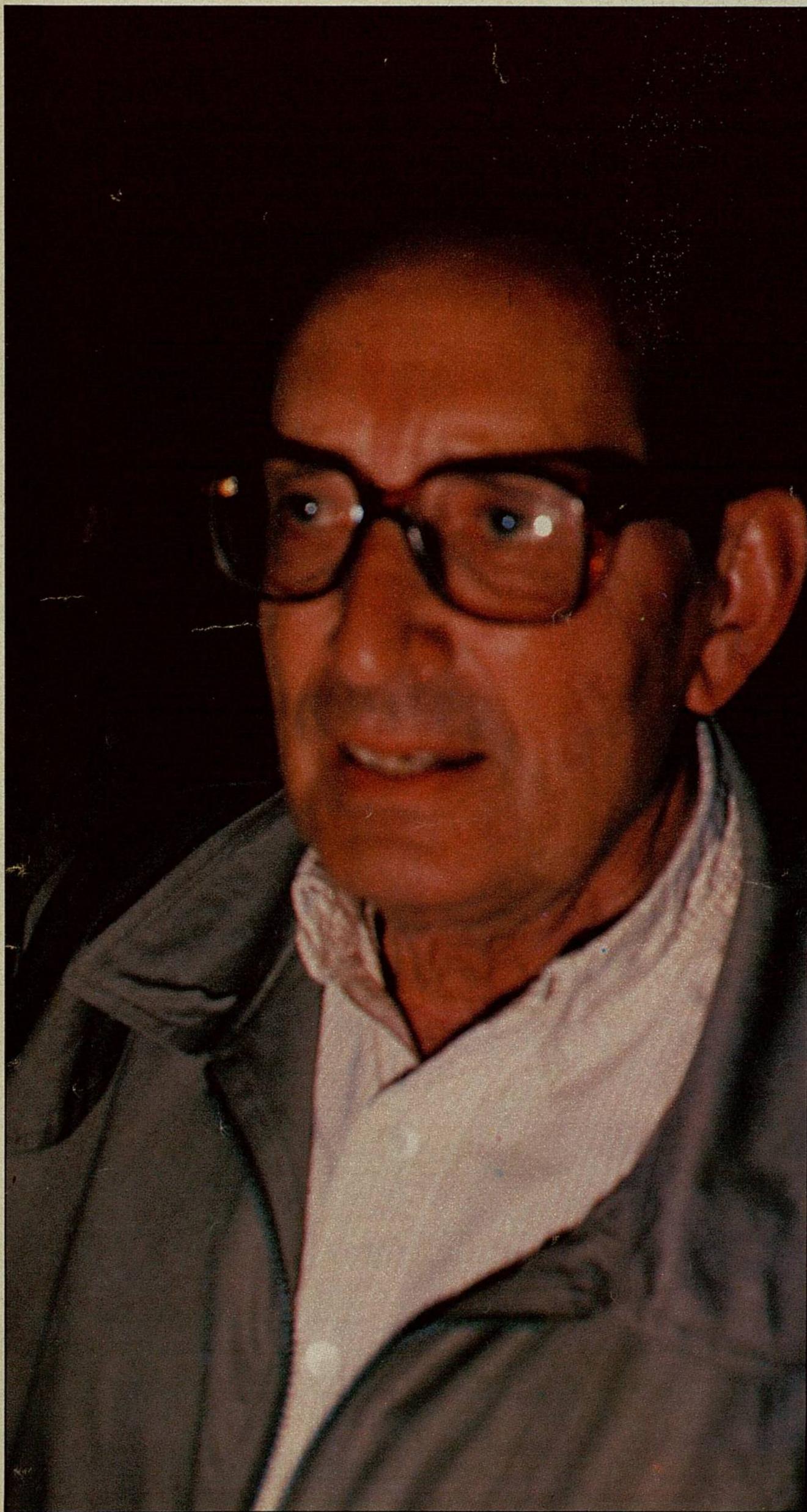
—En contadas ocasiones y justificadas por su carácter extraordinario. Me he habituado a ver los partidos por televisión y cuando voy al campo apenas tengo tiempo de seguir las jugadas y me encocora que no las repitan. Naturalmente, asistí en vivo a la final de la Copa del Rey el pasado junio y a los encuentros europeos del Real Valladolid. Viejos hábitos del niño-hincha que fui.

—Habitado a la televisión, le resultará más cómodo seguir desde casa los partidos. ¿No le parece que son muchos los aficionados que piensan como usted?

—Son muchos; cada vez más. Al margen de las rejas —¿quién está enjaulado, el público o los futbolistas?—, el profesionalismo exacerbado, la imposibilidad de que un equipo modesto alcance un título y el antiestético fútbol a la contra van alejando a la gente de los estadios. A mí no me sorprende nada.

SALIR A «NO PERDER»

Jugó al fútbol desde los once años hasta los cuarenta y cinco, con tesón y aplicación en su juventud, pero sin llegar a ser una figura. «Aparte el miedo a meter la cabeza, me faltaron sin duda condiciones físicas y me sobró un respeto excesivo a la defensa contraria.» Por entonces no se conocía el fútbol-sala, pero ahora Delibes se da cuenta «de que era para este fútbol menor para el que yo estaba dotado».



—Llegó a jugar cuarenta partidos formales al año, «más el fulbito diario» en los andenes del Campo Grande. ¿Le suena raro el que los profesionales ahora se quejen de cansancio por jugar partidos entre semana?

—La disculpa de «haber jugado un partido el miércoles», entre atletas que comen y se preparan «sólo para eso», me parece cosa de broma. De chicos, no sólo jugábamos partidos que duraban tres horas, sino que hacíamos andando —ida y vuelta— los cuatro kilómetros que nos separaban del campo. Durante las fiestas de carnaval jugábamos tres días seguidos en esas condiciones.

—¿Cuál era de niño su equipo favorito?

—El Athletic de Bilbao de Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri y Gorostiza. Una delantera como para quitarse el sombrero.

—¿Y su ídolo futbolístico?

—Sañudo, claro. El Sañudo de su primera época, delantero centro en el Valladolid.

—¿Le sirvió la pasada temporada para revivir con el Real Valladolid aquella época dorada de los Saso, Lesmes I y Lesmes II, Babot, Ortega, Lasala, Coque...?

«La intelectualidad y el deporte son dos mundos que se desconocen mutuamente»



«Llenar el morral suele ser el primer objetivo del cazador»

—Naturalmente. Viendo la final de este año rememoré aquella otra que usted dice, precisamente contra el Athletic de Bilbao. Coque empató el partido que íbamos perdiendo por uno a cero. En la prórroga el gran Zarra nos bajó los humos con tres goles de cabeza de esos que ya no se llevan.

—¿Como espectador prefiere el fútbol de ahora o el que se practicaba en su juventud?

—Creo que a todo el mundo le gusta más presenciar la pugna entre dos equipos que saltan a la pradera a ganar que la de aquellos otros que salen a «no perder».

Los veranos de alpinista en Molledo Portolín, en el valle de Iguña, las ascensiones a los picos de San Pedro, Jano y la Dehesa, pertenecen al recuerdo. Lo mismo que esas excursiones que en su amor de juventud le llevaban a recorrer en bicicleta los 100 kilómetros que separan la mencionada localidad cántabra de la burgalesa de Sedano, donde veraneaba su novia. Pero a sus sesenta y nueve años ni los paseos en bicicleta ni



mucho menos las caminatas están olvidadas para Delibes. Más bien todo lo contrario.

—Realmente camino mucho más de lo que monto en bicicleta, pero me encantaría poder usar ésta a diario. La circulación urbana —caótica— me fuerza a reservar la «bici» para el verano. El automóvil se ha adueñado del mundo. Es dramático.

LA PASION POR EL CICLISMO

—¿Sigue de cerca el mundo del ciclismo?

—Siempre me apasionó el ciclismo. En mi libro «Mi vida al aire libre» he omitido contar que mi padre nos llevaba a ver a los ciclistas en los grandes puertos: Pajares, Alto del León. Eran los tiempos de la bicicleta de hierro y los tubulares de repuesto cruzados en la espalda del «routier». La época de los grandes gigantes: Cañardo, los Trueba, Ezquerro, Montero, etcétera. Pero como espectáculo el ciclismo no existía. Las carreras y las clasificaciones las seguíamos por los periódicos. No había otra solución.

—¿Qué le parece el auge cobrado por este deporte?

—El apoyo de la televisión ha traído el apasionamiento. Ver de cerca el esfuerzo de estos hombres (la lucha de titanes por alcanzar el primer puesto en una cumbre) es sencillamente grandioso. Pero, ¡ajo!, también el profesionalismo desaforado puede perjudicar a este deporte.

A Delibes siempre le han entusiasmado más las gestas de los escaladores, y quizá por ello trató de emularlos en la cuesta de Boecillo, uno de sus puntos de veraneo en la infancia. Considera que «subir

cuestas en bicicleta es tarea de pobres» y que el escalador va desapareciendo en Europa «con el aumento del nivel de vida».

—¿Qué es lo que más admira de Pedro Delgado?

—La pedalada súbita en plena escalada. El despegue espectacular de sus adversarios cuando parece que allí nadie puede con su alma. En el Tour del 88, Perico hizo alarde de esa facultad. En el del 89, no; no pudo. Fue Fignon el que lo hizo (y Lemond, en solitario, en la emocionante etapa final).

La afición al fútbol, su pasión por el ciclismo, la intensidad con que vivía la temporada de pesca, «que me proporcionaba tantas a mayores satisfacciones que la de caza», la vida al aire libre de Miguel Delibes. Su único dogma inamovible es el hombre y la naturaleza. Hasta en su filosofía deportiva. Por eso opina que «la natación es algo distinto del fútbol, el ciclismo, la caza y la pesca, nunca una pasión dominante. Cuando leía el AS o el «Campeón» saltaba las páginas referentes a este deporte como si no fuera conmigo». La natación es para el novelista un deporte útil y placentero, nunca competitivo.

—¿Le atraen menos deportes en auge, como el baloncesto, por no estar concebidos para practicarlos al aire libre?

—También me gusta el baloncesto, y asisto a los encuentros importantes con mis nietos. Pero no le falta a usted razón: yo relaciono el deporte con el aire libre, y en mi libro lo exalto como una forma de placer. El deporte como placer, no como servidumbre, podría ser su lema. • **Juan Carlos REAL**

VIVE TU CUPON

BSB Backer Spielvogel Bates



FUNDACION MIGUEL DELIBES